

Concurso Literario “20 con 50”



Nombre y apellido: Jorge Tomás Évora García

Carrera: Licenciatura en Derecho

Año académico: 3ro

Modalidad de estudio: Curso Diurno

La razón

Fue el primero de septiembre del 2019 cuando inició mi nueva vida. Todo empezó con una interrogante:

–¿Por qué escogieron la carrera de Derecho?

A esa pregunta, hecha por la profesora en el salón de clases, le continuaron un vendaval de respuestas diversas por parte de mis compañeros. Cuando llegó mi turno contesté:

–Elegí esta carrera por la influencia de mi mamá que es abogada. La admiro y al igual que ella me gustaría servir a la justicia.

Aquella respuesta, aparentemente cándida, no fue más que un insignificante ardid que dije de forma protocolar. Ya la vida y el servicio militar me habían demostrado que la justicia no es más que una ficción, un ideal del deber ser, que varía según el momento y el lugar. La verdad material era que entre tantas opciones había escogido estudiar Derecho porque en el preuniversitario siempre fui un mediocre en matemáticas, pero un buen alumno en las asignaturas de humanidades, en las cuales destacaba por mi desenvoltura natural en evaluaciones orales. Aunque es válido señalar que por aquel entonces era un idealista perdido. Pese a la crudeza de la realidad tenía una imagen cuasi romántica del mundo jurídico y veneraba a figuras como Céspedes, Agramonte, Martí, Lincoln, Lenin, Gandhi, Fidel, Bobby Kennedy y Mandela. En arranques recurrentes de egolatría que se mezclaban con mis ansias de ver caer el estatus quo de un mundo cada vez peor me decía a mí mismo que esas figuras alguna vez fueron educandos de la misma carrera que estaba cursando yo.

Pero me bastó la primera semana de clases para darme cuenta de que estaba en el sitio correcto. Esas conferencias de Historia del Estado y el Derecho me fascinaron. Desde mi silla viajé en el tiempo y el espacio, viví otras vidas. Poco a poco descifré los vicios ocultos en el uso contemporáneo de la palabra democracia, como el arte de lo bueno y lo equitativo surgió para legitimar la desigualdad, así como el porqué de que casi nadie conozca que es la demarquía y el cleroterion. Aunque tengo que admitir que hubo momentos de ese primer semestre en que me perdí, entre borracheras que podían extenderse hasta las 3:00 am y el goce juvenil de los placeres carnales sin compromiso, nunca me quedé dormido en un coloquio. Incluso las asignaturas vinculadas a la filosofía que hacían del aula un mar de bostezos a mí me gustaban. Quizás por golpes de suerte o por sutilezas que desarrollé de forma empírica, muchas veces, pese a estar agotado por los trasnoches, lograba evaluarme con éxito en los seminarios.

Mi segundo semestre estuvo marcado por el amor. Entablé una relación con una de las muchachas más brillantes de mi generación y descubrí que soy sapiosexual. Gracias a ella me alejé del alcohol, de las fiestas y de la necesidad de pertenecer al

grupito de los populares. Fue en esa etapa cuando más destacué como alumno. Estaba enamorado del Derecho Romano y de Teoría del Derecho, pero confieso que la razón fundamental de mi buen rendimiento escolar se lo debía a ella. Competíamos para ver cuál de los dos participaba más en los seminarios y obtenía mejores notas.

Justo cuando mi vida parecía una canción romántica melosamente feliz llegó la pandemia del Covid-19 a alejarnos de la academia y a poner en jaque a la humanidad. Por si fuera poco también hubo ciclones, incendios, éxodos masivos, incertidumbre a niveles patológicos y el reggaetón siguió en auge, en fin, toda una miscelánea escatológica. Pero esas debacles no me afectaron demasiado, lo más duro de ese periodo fue sin lugar a dudas ver a mi madre luchar contra un tumor de cinco centímetros que creció en su seno izquierdo. Gracias a Dios y a los galenos que la operaron se curó y ahora mismo está sentada en un sillón de la sala de mi casa. Mientras tanto, con más penas que glorias continuó el curso de Derecho, a veces online, a veces de forma presencial. Llegó un punto en que puse los pies sobre la tierra abandonando mi antiguo idealismo. Hubo instantes en que si me preguntaban porque seguía en la carrera tendría que haber contestado que para graduarme y ya. Las vicisitudes me llevaron a la decepción. Por fortuna, tuve el apoyo incondicional de un par de amigos de mi curso, ellos me levantaron el ánimo aun en los peores momentos y conseguí volver a entregarme al adictivo estudio de las ciencias jurídicas.

Hoy es primero de septiembre del 2023, después de sobrevivir a un sin fin de angustias voy camino al bufete colectivo. Mientras me dirijo a esta nueva etapa como profesional veo un puñado de jóvenes, me recuerdan a mí y a mis amigos el primer día de clases, siento envidia por su juventud. Pero aunque ahora tengo un par de canas y un poco de barriga asumo que todo marchará bien.

Llego al bufete y en la entrada le doy los buenos días a un grupo de personas. Entre ellos encuentro a una anciana que llora, la que a todas luces parece ser su hija le dice:

–Tranquila mami. Un buen abogado nos va a ayudar a recuperar la casa.

Es entonces cuando reflexiono que estoy a años luz de ser un Martí o un Gandhi, pero ayudaré a hacer justicia en mi terruño. Aunque la Biblia y Bulté me enseñaron que el camino de los hombres está siempre cargado de tribulaciones no dejaré que el vaivén de crisis existenciales y problemas destierre de mi corazón la voluntad de usar la legalidad para ayudar a los más necesitados. Sé que en ocasiones me romperé el cráneo con algunos asuntos, me mataré tramitando autos y que corro el riesgo de quedarme calvo estudiando mientras otros cobran más que yo sin estresarse tanto. Pero no dejaré el bufete colectivo. El amor por el Derecho, es como el amor por una mujer, no la entiendes o al menos no del todo, simplemente es algo que se siente y no se puede evitar. Así que si la profesora de primer año me

preguntase de nuevo porque escogí esta carrera le respondería sin tantos análisis, ni formalidades:

–¡AMO EL DERECHO!